

las visitas, descuidada en la casa, profana en la calle, y necia en todas partes? ¿Cómo quieres que la dicha niña, mal criada con estos ejemplos, se sujete y se modere cuando se casa, si le toca por marido un hombre disipado é indolente? Es regular que al lado de este se ponga de peor condicion.

Yo no quisiera proponerte ejemplares que te dolieran, pero para mejor persuadirte es menester no salir de casa. ¿Qué clase de muger casada hará Pomposita con la educacion que le da su madre por culpa de D. Dionisio? Sin duda que será esta muger una orgullosa, necia y abandonada en la educacion de sus hijos, así como lo fué su madre, y mucho mas si por desgracia se une con un hombre desidioso, condescendiente y abandonado.

Esto parece que no tiene duda; porque todos saben cuánto influye el ejemplo sobre nuestras acciones. Verdad es que algunas veces una razon bien ordenada, se ha burlado de los malos ejemplos; pero esto es muy raro bajo una mala educacion y se puede tener por un milagro. Lo comun es hacer como se ve, y no obrar como se debe.

De todo lo dicho puedes concluir, que yo cuando reprendo los mas groseros vicios ó preocupaciones de las mugeres, no es con el depravado fin de satirizarlas ó de ponerlas en mal, como suelen decir, sino con el de manifestarlas tales como son á los ojos de

los sensatos, para que así otras se corrijan ó moderen.

Tampoco cuando las elogio ó disculpo es por liasonjearlas; pues no hay para qué. Es preciso ser justo con todos y en todas ocasiones.

Por último, debes advertir, que es verdad lo que te digo de que los hombres son los que casi tienen la mayor parte de los defectos de las mugeres. En otra ocasion te demostraré este axioma con mas solidez, porque ahora es tarde y vamos á comer.

CAPITULO IV.

En el que se trata una materia entretenida.

No es muy comun lograr por esposas mugeres dóciles, ni maridos prudentes y sensatos, ya sea porque no se merecen unos á otros, ó ya porque no se saben escoger. El Espiritu Santo dice que *la muger buena se dará al hombre por sus buenas obras*. Sin duda las tenia en su abono el coronel, pues mereció lograr una muger tan dócil como Matilde, la que lo escuchaba con tanto gusto, que siempre aprendia y aprovechaba las lecciones morales que aquel le daba, adoptando las máximas que trataba de inspirarle. Para ella era un oráculo su marido, y ya se ve que él no desmerecia tal concepto, pues no se contentaba con decirle lo que era bueno ó malo; sino que procuraba convencer su entendimiento con la razon y la

esperiencia, y para asegurarse de que ella no accedia á su parecer por ceremonia sino por convencimiento, la enseñó desde el principio á que le propusiera las objeciones que encontrara en cualquier asunto para desvanecerlas. Matilde lo hacia así, y de este modo tenian unas conferencias divertidas.

No quedó muy satisfecha de la inferioridad de las mugeres respecto de los hombres, segun vimos en el capítulo anterior, y así no tardó en tocar el mismo punto á su marido.

Una ocasion le dijo: aunque el otro dia me hablaste tantas cosas, para probarme que las mugeres somos inferiores á los hombres, yo á la verdad no lo entiendo bien, porque veo practicar por estos lo contrario de lo que debia ser, en caso de que fuéramos tan inferiores como dices.

Todos lo hombres y en todas ocasiones nos han respetado y respetan de tal manera, que nos convencen ciertamente de que son inferiores á nosotras. En este particular, soy hasta ahora de la opinion de mi hermana. Ciertamente no haré alarde de esta superioridad que me concede mi secso, ó sea la *culta moda* como ella dice, mas no por eso dejaré de conocer que somos algo mas de lo que tú quieres persuadirme que somos.

Tú me dices muchas cosas que me convencen un poco de lo que me quieres persuadir, pero veo que

los hombres practican con nosotras unas acciones no solo comedidas y atentas, sino humildes y serviles; las que no harian, si no estuvieran penetrados de nuestra natural superioridad. En la calle, en los paseos, en los estrados, en los templos y en todas partes nos significan sus rendimientos, de modo que parecen nuestros criados ó vasallos. Yo á la verdad, quisiera que los que comen mi pan y cobran mi salario, se portaran como los hombres con las mugeres. ¡Oh! en tal caso qué bien servida estuviera de mis criados.

Estos rendimientos no los puedes negar. Si un hombre va por la calle con una dama, le da el mejor lugar, y le presenta su brazo: si lo visita, la baja la escalera: si sube al coche, es la primera, le da la mano y el asiento superior: si está en la mesa, la sirve los platos y la copa: si entra en un baile, se levanta, le cede su lugar, y él se queda en pié: si juega, ella alza y es preferida antes que el hombre: si entra en el templo, le da el agua bendita: si alguno la ultraja, la defiende: si se le cae algo de la mano, se apresura á levantárselo: si ella se enfurece y lo maltrata, lo disimula: si levanta contra él la mano enardecida alguna vez, no sabe el hombre vengarse sino con humilde sufrimiento. En fin, en todas partes manifiesta el hombre ser inferior á la muger. ¿No es esto una verdad? ¿Conque cómo he de creer que no

tenemos tal superioridad solo porque tú lo dices, y porque no somos generales en la guerra, ni ministros ó magistrados en la paz? Vaya, hazme ver cómo está eso para que me desengañes, si es un error la opinion de mi hermana, que yo admito.

Lo es en efecto, le dije el coronel, y es un error, origen de otros muchos, que conspiran á hacer infelices á las mugeres que lo adoptan. Verdaderamente ellas son dignas del aprecio y estimacion del hombre culto, y este aprecio hace que les tribute su respeto y que le ceda en muchas ocasiones la preferencia que á él le toca; mas estos respetos y atenciones debe recibirlos la muger juiciosa, ó como un premio debido á su virtud, ó como un efecto de la generosidad de los hombres; y nunca los escogirá como unos derechos debidos á su soberanía por ser muger.

En virtud de esto, no debes creer que todos los hombres y en todos tiempos les han tributado sus respetos, como dijiste. Si algunas veces han hecho las mugeres en el mundo el papel de señoras, otros han desempeñado el de esclavas de los hombres, á proporcion del capricho de estos y de las costumbres de los países que han habitado. Mr. Tomás, en la pintura que hace de las mugeres, corrobora esta verdad con unos términos tan claros y precisos, que yo no me atrevo á sustituirlos con otros, ni menos quiero, compendiando ni disfrazando sus razones, usur-

par la gloria que se merece este célebre francés, y así te referiré algunos párrafos de su obra al pié de la letra.

“Si ecsaminamos, dice, los países y los siglos, veremos casi en todas partes adoradas las mugeres y oprimidas en todos tiempos. Nunca dejó el hombre perder la menor ocasion de abusar de su fuerza; antes bien se prevaleció siempre de la debilidad de su sesco, prestándole al mismo paso homenaje á su belleza, y haciéndole á un tiempo su esclavo y su tirano. Parece que la misma naturaleza al formar unos entes tan dóciles y blandos de corazon, se ocupó mas en sus gracias que en sus dichas, pues rodeadas por todas partes las mugeres de angustias y temores, entran por mitad á sufrir nuestras miserias, y se ven sujetas á otras muchas que les son particulares. A nadie pueden dar la vida sin esponerse á perder la suya propia, y cada achaque periódico que experimentan, altera su salud, y amenaza sus dias: su belleza se ve acosada de mil crueles enfermedades, y cuando se ven libres de este accidente, al paso que el tiempo se la marchita, las va tambien consumiéndola cada dia: entonces no les queda mas proteccion y auxilio que el triste derecho de la compasion, y el recurso á los recuerdos de una memoria agradecida.”

“Hasta la misma sociedad les aumenta los males

de la naturaleza. Mas de la mitad del globo está llena de hombres rústicos y salvages, entre quienes las mugeres son infelices en extremo. El hombre rústico, que apenas conoce sino lo físico del amor, fe-
roz é indolente al mismo tiempo, activo por necesidad, pero inclinado al ocio por una pasión casi insuperable, ignorando asimismo todas aquellas ideas morales que suavizan el imperio de la fuerza, considerada como única ley de la naturaleza por la ferocidad de sus costumbres, manda despóticamente á unas criaturas, que haciéndolas iguales suyas la razón, las sujeta no obstante por su debilidad y flaqueza. Las mugeres son entre los indios (1) lo que eran los Ilotas entre los de Esparta, esto es, un pueblo vencido y obligado á trabajar para los vencedores. De aquí nacia que en las orillas del Orinoco movidas las madres de compasión, solian matar á sus hijas luego que nacian, creyendo que esta compasión bárbara era una especie de obligacion."

"Entre los orientales, vemos otra especie de despotismo y de imperio, es á saber, la clausura y esclau-

(1) *Habla el autor de los indios bárbaros y salvages: bien que nadie lo desmentiría si dijera que entre las naciones cultas europeas hay hombres que imitan á los indios, y á veces por caminos mas vergonzosos, pero de esto se hablará en su lugar.*

vitud casera de las mugeres, autorizada por la costumbre y sagrada por las leyes. En Turquía, Persia, Mogol, Japon en el vasto imperio de la China, vive una mitad del género humano oprimida por la otra, naciendo el exceso de semejante opresion del mismo amor excesivo. Toda el Asia está llena de prisiones, donde la be'idad esclava espera siempre los capriches de un dueño ó tirano, y donde una multitud de mugeres juntas no tienen mas sentidos ni voluntad que la de un hombre solo: sus triunfos no son sino instantáneos, pero sus competencias, odios y furores son el ejercicio de cada día. Allí se ven precisadas á pagar su misma esclavitud con el mas tierno amor, ó bien, lo que aun es mayor tormento, con la imágen de un amor que no tienen: allí el despotismo de mayor vituperio las somete á unos monstruos, que no perteneciendo á ningun sexo, deshonoran los dos á un tiempo: (1) allí finalmente, no sirve su educacion sino á envilecerlas; sus virtudes son forzadas, sus satisfacciones tristes é involuntarias, y despues de algunos años se hallan con una vejez larga y horrorosa."

"En aquellos países templados, donde los ardores mas remisos dejan á los deseos mayor confianza en

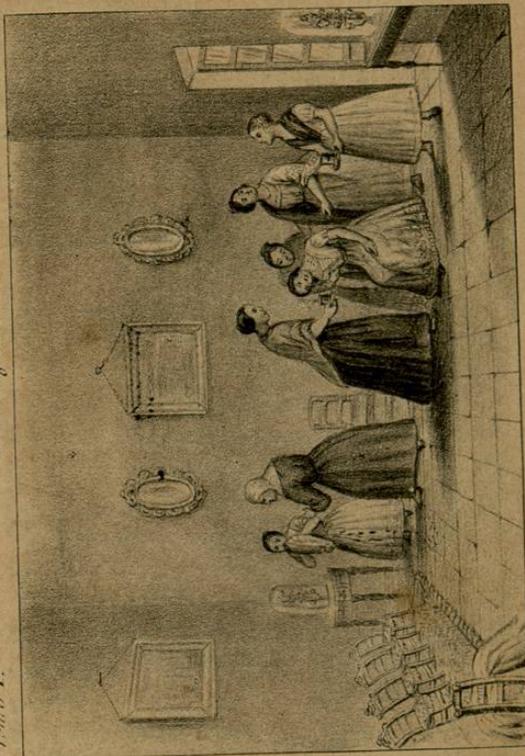
(1) *Habla de los aunicos ó esclavos castrados que las guardan.*

las virtudes, no han sido privadas las mugeres de su libertad; pero la severa legislacion las ha colocado en casi todas las cosas bajo la dependencia. Al principio fueron condenadas al retiro, y separadas, tanto de las diversiones como de los negocios: despues quisieron los hombres insultar su razon mediante una larga tutela. En unos climas se ven ultrajadas por la poligamia; la cual les concede por compañeras perpetuas sus mismas competidoras y concurrentes: en otros están sujetas á los indisolubles lazos que comunmente unen para siempre la dulzura con el desabrimiento, y la ternura con el ódio. En aquellos paises donde son mas dichosas, deben no obstante reprimir sus deseos, y se ven oprimidas: en lo que mira á disponer de sus bienes, véense privadas de su misma voluntad por las leyes; y esclavas de la opinion que las domina con imperio, se les imputa á delito aun la apariéncia misma: hállanse rodeadas por todas partes de unos jueces que son á un tiempo sus seductores y tiranos; y preparándoles ó disponiéndoles sus defectos, se los castigan con la deshonra, y se usurpan el derecho de mortificarlas con las sospechas. Tal es, poco mas ó menos, la suerte de las mugeres en todo el orbe. Los hombres son con ellas indiferentes ó tiranos, segun los climas y edades: unas veces la opresion es fria y tranquila, como es la del orgullo, otras es violenta y terrible,

laxm. 4

3.a Sujetita

Titulo 1.^o



cual es la de los zelos; de suerte que cuando no son amadas no son nada, y cuando son adoradas están espuestas á mil tormento; y asi tienen que temer igualmente tanto el amor como la indiferencia. Por fin, parece que la naturaleza las ha co'ocado en las tres partes de la tierra, entre el menosprecio y la infelicidad....”

“Sin embargo, es preciso confesar que no todos los hombres fueron igualmente injustos, pues en algunos paises se tributaron públicos respetos á las mugeres: las artes les han levantado monumentos, y la elocuencia ha celebrado sus virtudes.”

Hasta aqui Mr. Tomás á nuestro intento, y ya ves, segun esta pintura, que las mugeres lejos de haber disfrutado generalmente los gages de aquella soberania á que se consideran acreedoras, casi siempre, ya mas, ya menos, han sido el juguete de los hombres, á proporcion de sus caprichos, costumbres, climas, religion y gobierno.

Todo está bueno, contestaba Matilde; pero no dudando de la verdad de ese autor, quisiera saber en qué somos las mugeres inferiores á los hombres: porque ciertamente, si lo somos tanto, no puede haber mayor infelicidad que ser muger, y una infelicidad tanto mas dura, quanto que caemos en ella sin culpa nuestra, pues no está en nuestra mano elegir secso.

La inferioridad de la muger respecto al hombre, respondió el coronel, no consiste en otra cosa que en la debilidad de su constitucion física, es decir, en cuanto al cuerpo; pero en cuanto al espíritu en nada son inferiores á los hombres, pues no siendo el alma hombre ni muger, se sigue que en la porcion espiritual sois en todo iguales á nosotros.

Es verdad que en las mugeres se notan algunos vicios, como tambien virtudes, que parecen que les son peculiares, ó á lo menos se dejan conocer en ellas con mas frecuencia que en los hombres. Por ejemplo, parece que las mugeres son naturalmente mas compasivas, mas tiernas y sujetas á su religion que los hombres. La santa Iglesia las honra y distingue llamándolas *el secso devoto*. Así tambien parecen mas inclinadas al engaño, á la simulacion, á la ira y á la venganza, con lo que se pudiera probar, en caso de ser esto una verdad demostrada, que el alma de las mugeres tenia alguna diferencia de la nuestra; mas no es así, como te lo haré ver.

No se puede negar la dependencia reciproca que tiene el cuerpo del espíritu, y este de aquel: quiero decir, somos compuestos de dos sustancias enteramente distintas, cuales son la material y la espiritual: como las dos están tan íntimamente unidas, cualquiera de las dos influye en su compañera de un modo tan continuo como maravilloso. Apenas se ea-

ferma el cuerpo, cuando se resiente el alma y se entristece: y ves aquí que la tristeza del alma no la origina otra cosa que la enfermedad ó daño que padece la porcion material del cuerpo. Por el contrario, recibe el hombre una fuerte cólera, una pesadumbre muy vehemente, las cuales son pasiones á que está sujeto el espíritu, y al instante, sin que ninguna cosa material toque al cuerpo, este enferma, padece, y á ocasiones es tan terrible la alteracion de la máquina, que se desorganiza todo el mecanismo de la vida, y muere el paciente en el momento.

En esta inteligencia, dicen muchos sábios que la causa de que en las mugeres se adviertan estos vicios ó aquellas virtudes con mas frecuencia que en los hombres, no es otra que la diversa organizacion de sus cuerpos; y así deducen, por ejemplo, que si la muger es mas tímida que el hombre, es porque su constitucion física es mas débil.

Yo convendré con esta opinion de buena gana, pero limitándola á ciertas y determinadas circunstancias, y jamas concediendo la estension y generalidad que algunos han pretendido. Yo permitiré sin repugnancia que la alteracion del cuerpo de la muger influye algunas veces poderosamente en su espíritu, ya se considere esta alteracion natural, ó ya casual por una enfermedad que la predisponga, y si se quiere, que la precipite á cometer algunos excesos,

que ó no comería un hombre, ó quizá los comería con menos facilidad; mas no concederé que el alma de la muger siempre que quiera hacer buen uso de la razon no tenga bastantes fuerzas para vencerse sobre la particular influencia de su cuerpo. Si esto no fuera una verdad inconcusa, las mugeres serian en lo general menos responsables que los hombres ante Dios del desarréglo de su conducta moral, teniendo por absoluta disculpa el ser mugeres; lo que no es así, pues á todos obliga la ley, y todos tenemos á proporcion los auxilios necesarios para observarla.

Bien conozco que esta es una materia que por sería acaso te será fastidiosa; pero si la escuchas y la masticas con atencion, te facilitará muchos principios para que no incurras en mil groseros errores en que incurrer muchas mugeres solo por no querer instruirse en ellos.

De ninguna manera me disgusto de tus conversaciones, decia Matilde, y seria una necia y mal agradecida si á modo de lechuza me incomodara con la luz, solo porque mis ojos no estaban acostumbrados á verla. Lo contrario; yo me engolosino en escucharte, y siento no comprender cuanto me dices; pero por eso te pregunto, y en prueba de ello quiero que con algun ejemplo me confirmes en las dos cosas que me has dicho. La primera, que una enfermedad ó la natural constitucion ó conformacion del

cuerpo de las mugeres influye algunas veces en ellas de modo que cometen algunos y determinados excesos con mas frecuencia que los hombres: y la segunda, que á pesar de la natural ó accidental influencia del cuerpo de la muger sobre su espíritu, puede esta haciendo buen uso de su razon, vencerse y no hacer aquello á que la instiga la organizacion natural ó la particular enfermedad de su cuerpo: yo no comprendo cómo pueda ser eso, y quisiera oir una prueba de esta verdad.

No sabes cuánto gusto me das, respondia el coronel, cuando me hablas con esa claridad; pues el que despues de oir propone dudas y hace preguntas, da á entender que escuchó con cuidado y se penetró de la conversacion. Así pues, tú has entendido bien cuanto te he dicho; pero te hace fuerza cómo el alma de la muger por sí misma, con solo el auxilio de la razon pueda vencer aquellas instigaciones violentas, á cuya ejecucion se siente como obligada por la inmediata influencia de su cuerpo. Para acceder á esta opinion me pides un ejemplo: solicitud muy justa, pues los ejemplos valen mas para convencer el entendimiento que las teorías mas eloquentes.

Por eso te voy á demostrar con un caso que nos refiere la historia, entre otros muchos, cuán poderosamente influyen las particulares afecciones del cuer-

po de la muger sobre su espíritu, y cuánta virtud tenga este ayudado de la razon para dominar el poderío de aquella influencia.

Todos los médicos saben que las mugeres en el tiempo de la pubertad están sujetas á padecer una enfermedad terrible que se conoce con el nombre de *furor uterino*, el cual es un delirio ó frenesí que las hace cometer por obra ó por palabra, mil escesos vergonzosos y repugnantes á toda persona honesta y recatada. La medicina tiene un remedio fácil para curar esta enfermedad; mas nuestra religion católica justamente lo prohíbe como ilícito, permitiendo siempre que lo sustituya el legítimo matrimonio.

Plutarco en su obra de las *Mugeres ilustres*, alabando el natural pudor de la muger, refiere que en la ciudad de Mileto las doncellas acometidas de esta enfermedad ó locura que te he dicho, se mataban á sí mismas: y eran tan repetidos estos suicidios, que el senado no pudiendo contenerlos, mandó por ley expresa, que la que de esta suerte se matase, fuera pasca la desnuda y espuesta en la plaza mas pública. ¡Eficaz remedio! Esto solo bastó para contenerlas, y las que despreciaban su propia vida, no atreviéndose á despreciar su pudor, se abstuvieron de sacrificarse á la desesperacion. Sin duda la vergüenza las volvió en sí, y las hizo entrar por el camino de la recta razon.

Ya ves con este ejemplo probado el poder del cuerpo enfermo de la muger sobre su espíritu, y el poder de este obrando con razon sobre la influencia de su cuerpo. El hecho merece todo crédito por respeto al autor que lo refiere: pero si nos fuera permitido citar otros ejemplos semejantes, ¿cuántas Milesianas halláramos entre nosotros, que acosadas de la misma dolencia, saben refrenar su pasion, moderar su apetito y sujetar su inclinacion, hasta el extremo de perder la vida antes que faltar á las leyes del decoro? Acaso ya me has entendido, y está tu entendimiento satisfecho.

Si está, dijo Matilde; pero del mismo modo quiero estarlo en muchas otras cosas, y así habrás de sufrir que te pregunte.

Pregunta cuanto quieras, decia su esposo, que yo tengo sobrada paciencia para escucharte y mucho gusto en responder á tus preguntas.

Pues oye, proseguia Matilde. Ya entiendo que las mugeres nacimos sujetas á los hombrss con una dependencia forzosa, que aunque dictada por la naturaleza y autorizada por las leyes, no nos es indecorosa, como dices; pero ahora pregunto: ¿Por qué los hombres por la mayor parte nos han tratado con tanta altanería, y nos han sujetado á sus caprichos valiéndose solo de nuestra natural debilidad, á pesar de conocer que somos iguales á ellos en el alma?

Porque los hombres, respondia el coronel, que así lo han hecho, los mas han sido unos bárbaros, que ó no han escuchado, ó han despreciado los clamores de la naturaleza, y desentendiéndose de estos innatos sentimientos, se han sabido aprovechar de la imbecilidad de las mugeres para oprimirlas; y entiendo que bajo el nombre de bárbaros no señalo solamente á aquellos gentiles paganos que sin idea de verdadera religion, justicia, ni sociedad, han procedido de este modo bárbaro ultrajando aquellos dignos aunque febles objetos que por otro lado apetecian; no, hija: todo hombre que se vale de la flaqueza de la muger para ofenderla y maltratarla, es un bárbaro y un pícaro, por mas que se llame cristiano y civilizado entre nosotros. ¡Cuántos de estos conoces! Yo ni calumnio, ni desacredito al vecino Ramiro: su esposa es tu amiga, y mil veces se ha quejado contigo del tirano proceder de su marido. Aunque ella no te hubiera revelado sus desdichas, á mí y á tí nos son bastante públicas. Sabemos que el marido está entretenido: que cuanto adquiere es para su danna: que á sus hijos y muger legitima los tiene desnudos y muertos de hambre: que jamas les hace el mas mínimo carito y agasajo, y que despues de este indigno proceder, por la mas mínima friolera le riñe, le golpea y le obliga á quejarse con nosotros á cada instante. ¡Cuántas veces ha venido la infeliz mu-

ger á pedirte un trapo con que cubrirse, y un bocado con que alimentar á sus criaturas! Su marido es un español, un cristiano, un bien nacido, y como dicen, un hombre decente; ¡y diremos que este cumple con las obligaciones de un noble, de un católico y de un hombre de bien, criado en la culta sociedad? De ningun modo. Este es un pícaro, un vil, un infame, un irreligioso y bárbaro, pues abusa de la bondad y debilidad de su esposa para hacerla infeliz hasta lo sumo. ¡No le basta al hombre abandonado ser infiel á su muger y descuidarse con sus hijos? ¡No le basta ser mal marido y ser mal padre? ¡Aun es preciso que se constituya un verdugo y un tirano cruel y déspota sobre unos entes miserables que no pueden hacerle resistencia? Pues hija, de estos maridos y padres inicuos se ven á miles cada dia entre nosotros. Los jueces, las cárceles los presidios, las calles y las casas son testigos de esta verdad. ¡Antes deje yo de existir, que me cuente en semejante número! Conoce, pues, hija mia, que los hombres en todas partes y en todos tiempos han oprimido á las mugeres porque son ellas débiles, no porque ellos hayan obrado ni obren con justicia; pero esperen y teman que aquel Ser soberano que es justo y recto por esencia, algun dia tomará en ellos una cruda venganza de los injustos agravios que han inferido á unas criaturas suyas que tal vez no han te-

nido otro delito para sufrirlos que ser de una constitucion mas débil; porque Dios que lo puede todo, es el que se reserva la venganza del que no puede nada.

De todo lo espuesto debes deducir en primer lugar, que la muger es inferior al hombre en cuanto al cuerpo, pero igual en todo á él en el espíritu. Una señorita no podrá levantar del suelo un tercio de seis ú ocho arrobas de peso, que un arriero alza con la mayor ligereza sobre el lomo de una mula; pero será capaz de penetrarse de una pasion amorosa y honesta, de derramar lágrimas de ternura sobre una infeliz, y de ejecutar los actos mas piadosos de virtud, quizá con mas verdad y mas sensibilidad que el mismo arriero, cuyo espíritu, aunque igual en la sustancia, tal vez no está adornado de los mismos sentimientos, ó no los posee en igual grado.

En segundo lugar debes advertir, que solo los salvajes en los montes, y los necios y pícaros en las ciudades, desprecian, escarnecen y maltratan á las mugeres solo porque lo son y porque no tienen suficiente vigor para resistirles; pero el hombre civilizado y que conoce las leyes de la humanidad y del honor, jamas abusa de su debilidad para ultrajarlas; antes bien las aprecia, las honra y las defiende de los insultos que les infieren los malvados. Las leyes civiles decididamente las protegen.

Finalmente, debes entender, y no es vano repetir-lo, que si los hombres las han separado de la guerra y del manejo de los negocios públicos, no es esto un efecto de desprecio, sino de respeto á su débil constitucion, y por reservarlas para aquellos objetos, á cuya conservacion la naturaleza privativamente las destina.

Yo quedo convencida, dijo Matilde, de que somos inferiores á los hombres por la debilidad de nuestro cuerpo, pero iguales á ellos por la naturaleza de nuestras almas, y á veces superiores á muchos por los dotes del espíritu.

Quedo tambien entendida de que esta debilidad no es un motivo para que nos insulten y desprecien, sino mas bien una recomendacion para que el hombre culto nos compadezca y estime en todos casos.

Todo esto está entendido, pero dime: ¿esta debilidad de que se valen el salvaje grosero y el ciudadano picaro para oprimirnos, como dices, es de tal gerarquía que por solo ella muchos hombres de nuestros paises no solo nos estimen y respeten, sino que se nos humillen y casi nos adoren en lo público? ¿Tan buenos son los hombres de mi tierra? ¿Tan compasivos, atentos y rendidos? ¿Tanto es el privilegio que concede á la muger la debilidad de su sexo, que por otra parte la hace inferior al hombre? ¡Oh! si los hombres obran con sinceridad como noso-

tras, ¡feliz es nuestra inferioridad, y dichosa la débil constitucion de nuestro cuerpo!

Iba el coronel á responder la graciosa ironía de su muger, cuando lo embarazó un accidente que sabrá el lector en el capítulo que sigue.

CAPITULO V.

En el que se trata un asunto de gravísima importancia.

ACABAMOS de decir que iba á contestar el coronel á la irónica pregunta de su esposa, cuando entró en nuestra sala una criada de Doña Eufrosina dando unos gritos desahogados. Corra su mercé, decía, corra su mercé, que quién sabe que le ha dado á la señorita.

Sorprendimono; todos con esta inesperada noticia: fuimos apresuradamente á la vivienda de Doña Eufrosina, y hallamos á *Pomposita llorando y bañada en sangre, y á su madre privada* en los brazos de una recamarera, toda temblando.

Apenas comenzaba Doña Matilde á preguntar la causa del accidente de su hermana, cuando entraron de visita seis señoritas jóvenes y una venerable beata (1) de Santa Rosa ya vieja, llamada Doña María,

(1) *Así llamaban á las hermanas de cofradías ó comunidades de legas que vestían hábitos religiosos y no guardaban clausura. Las habia de Sta. Rosa, del Círculo, &c.*

quien nada menos era que tia primera de la enferma y de Doña Matilde.

Con la ocurrencia de la enfermedad de la señora Doña Eufrosina, las saluciones fueron sobre la marcha, pues á toda prisa se rodearon de la paciente, menos la beata, que se dedicó á cuidar de la niña Pomposita.

Mientras que el médico venia, comenzaron á determinar remedios cada una á cual mas. Una mandaba ligarle las piernas: otra apretarle el estómago fuertemente: esta, darle á oler el humo de lana prieta: aquella, echarle agua fria en la cara y pecho: quién, recetaba una rebanadita de pan empapada en aguardiente para el estómago: cual, unos fomentos de vino en los pulsos; en una palabra, allí todas eran médicas, y nadie se tenia en menos para ponderar sus medicinas; y sin duda hubieran enbardonado de aceites á la enferma, la habrían amarrado como un cohete, y le habrían hecho absorber mas humo que el que cabe en un globo aerostático, si no estuviese presente el coronel, quien se opuso de firme á que no se le hiciera nada de eso, diciendo que muchas medicinas de aquellas eran inútiles, y las demas perjudiciales, como son la fumigaciones y ligaduras. Trabajo le costó impedir que mortificaran á la enferma; pero por fin lo consiguió.

No porque las circunstancias veian sus remedios